

ADVIENTO 2020

El material que ofrecemos tiene una PRIMERA PARTE, motivadora para la vivencia del Adviento, a modo de **REFLEXIÓN**, propuesto para ser utilizado de manera personal, que anime a preparar el corazón a la venida de Jesús, el Señor. Y otra parte **CELEBRATIVA** personal o en comunidad, con las Antífonas de la Oh, los días 17 a 23, como antífonas del Magníficat, que nos introducen en el misterio que esperamos.

PROFUNDIZAR, ORAR, INTERIORIZAR

1. LAS VENIDAS DE DIOS

Otra vez Adviento. Un NUEVO Adviento. Porque nuestra situación vital es distinta cada día, cada año, aunque se repita el ciclo de la Liturgia. Un ciclo que avanza en espiral, profundizando el misterio de Cristo en la propia vida, o la de nosotras en Él.

Nos viene muy bien el Adviento en la situación actual, porque siempre nos renueva la esperanza. No como mero deseo de algo que no tenemos y nos gustaría tener, no. Es una **esperanza bien fundada en el paso de Dios por la historia**, recogida en la Palabra siempre viva y actual de la Escritura, en diálogo siempre vivo con las personas de todo tiempo y lugar, que seguimos haciendo historia con la vida. El Libro sagrado se cierra con una invocación **¡Ven Señor Jesús! ¡Maranatha!** Como permaneciendo abierto a seguir actualizando y preparando **las venidas del Señor**, no solo la que ya se dio en María.

Es interesante lo que nos dice San Bernardo abad (Sermón 5º en Adviento) sobre estas venidas: *“En la primera venida, el Señor se manifestó en la tierra y convivió con los hombres cuando, como atestigua Él mismo, lo vieron y lo odiaron. En la última, todos verán la salvación de Dios y mirarán al que traspasaron. La intermedia, en cambio, es oculta, y en ella, solo sus elegidos, ven al Señor en lo más íntimo de sí mismos, y así sus almas se salvan a sí mismas y a otras por la que interceden. De manera que, en la primera venida del Señor, vino en carne y debilidad, en esta segunda, en espíritu y poder; y, en la última en gloria y majestad. Esta venida intermedia es como un camino que conduce de la primera a la última. En la primera Cristo fue nuestra redención; en la última se manifestará como nuestra vida; en esta venida intermedia es nuestro descanso y nuestro consuelo.*

Pero, para que nadie piense que estas cosas que decimos sobre la venida intermedia son invención nuestra, oíd al mismo Señor: “El que me ama guardará mi palabra; mi Padre lo amará y vendremos a posar en él nuestra morada”

En el Adviento no solo recordamos lo que aconteció en el vientre de María, y esperamos lo que se nos promete, al final de los tiempos. Interesa **considerar esta venida intermedia por la que salimos cada uno, al encuentro del Señor**, que no se ha ido, que está con nosotros siempre (Mt 28, 20). Como dice el poeta Tagore: Él viene, viene siempre. Entre el recuerdo de lo que fue, y la esperanza de lo que será ¿cómo encontrarnos con El Señor? ¿Dónde está? Dice San Pablo que “no se encuentra lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17, 27). La vida cristiana es eso, encontrarnos con Él, vivir en Él, crecer hasta *alcanzar su estatura* (Ef 4,13), ser como Él.

- ¿Cuál es tu situación vital al comenzar este nuevo Adviento?
- ¿Para qué quieres que venga el Señor? ¿cómo te dispones a salir a su encuentro?

2. CONOCER A DIOS

Esta venida intermedia **es al interior de uno mismo**, donde secretamente Dios mora. **No hay que ir a ningún sitio externo para encontrar al Señor que viene, porque es desde el interior desde donde salimos en verdad a su encuentro.** Interesa esta familiaridad con el Dios que nos habita, porque **conociéndole internamente** podremos reconocerLe en los caminos de la vida, en la persona del hambriento, del sediento, del desnudo, del preso... (Mt 25, 35-46), en las personas que nos sorprenden y nos hacen recapacitar y cambiar (Mc 7, 24-30), en los acontecimientos... Si no le conocemos, no le re-conocemos.

Conocer a Dios es un tema que recorre la Biblia entera. El pueblo de Israel es necio, tonto, porque no conoce a Dios (Jer 4, 22), "Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento" (Is 1,3). La falta de conocimiento de Dios lleva al pueblo a la perdición, al desastre. Porque para los autores sagrados es "evidente" conocer a Dios en sus obras (especialmente en el ser humano la mejor de sus obras), en su actuar en la creación y en la historia. No hacerlo es necesidad, falta de sabiduría.

Es una petición muy de nuestros Fundadores: "que te conozca y me conozca a mí y conozca todo lo que quieres" (M. Antonia París) "que te conozca y te haga conocer" (S. Antonio M^a Claret). Es un tema recurrente también en otros muchos santos: S. Agustín, s. Ignacio... conocernos y conocer-Le. El Dios más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad. Hablamos de un conocimiento activo en el amor, guardando su Palabra, y acogiendo su presencia en nuestro interior. El Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones, somos Templo del Espíritu y Él da testimonio del Amor del Padre y del Hijo, y del amor con que somos amados cada uno de nosotros, de su presencia en nuestra intimidad.

Así pues, puede ser ésta la orientación del Adviento actual.

- ¿Dónde buscas a Dios? ¿Y dónde puedes decir que lo encuentras?
- ¿Qué significa para ti estar habitada por Dios?
- ¿Qué conoces de Dios? ¿qué relación guarda con tu propio conocimiento?



ORAR Y CELEBRAR CON LAS ANTIFONAS DE LA ¡OH!

MARANATHA: ¡VEN SEÑOR JESÚS!

El centro de la liturgia de los primeros cristianos es invocar a Jesús Señor, celebrar su presencia viva y resucitada. Aplicaban a Jesús el nombre y el señorío que el AT aplicaba a Yahveh, cuyo nombre no podían decir y que traducían como Adonai (en hebreo), Maran (en arameo) o Kyrios (en griego). ¡Jesús es el Señor! No como expresión de poderío como otros “señores”, sino expresión de vida pascual, entregada por amor hasta el extremo.

Y los cristianos seguimos invocado a Jesús como Señor y le esperamos porque necesitamos y agradecemos su presencia, porque descubrimos en él la mano salvadora de Dios; le invocamos: ¡Maranatha! como expresión de **un deseo** ¡Ven Señor! Y también como expresión de **una realidad**: ¡el Señor está viniendo!

Es el grito repetido y actualizado del Adviento. ¡MARANATHA! Así se saludaban los primeros cristianos, tal era su esperanza y el sentimiento de la presencia de Jesús entre ellos. Expresión de alegría, de paz integral, de confianza, de seguridad, de fuerza en la persecución.

Hoy en día algunas personas utilizan esta expresión como mantra en la práctica de la meditación, acompañada con la respiración. Al repetir la palabra Maranatha se renuncia a las imágenes que pudieran suscitar pensamientos. Cuando nos disponemos a orar, es el Espíritu el que ora en nosotros, porque nosotros no sabemos hacerlo (Rom 8, 26-27) es la oración de Cristo que nos habita, y cuanto más vacío, más lugar podamos dejarle, menos estorbamos con nuestras distracciones o imaginación. De ahí el usar la palabra Maranatha como una manera de silenciar, de centrar nuestro espíritu, de hacer espacio al Espíritu.

Avanzado ya el adviento, al acercarnos a la celebración del Nacimiento de Jesús, el Señor, a partir del día 17 de diciembre, **entramos en el núcleo de la liturgia, de la mano de María**, la Madre, con los Evangelios de la última semana de Adviento, y con las **Antífonas Mayores**, que introducen el canto del Magníficat en la celebración de Vísperas., y que se remontan a los primeros siglos del cristianismo. Son las llamadas “Antífonas de la O” y se cantaban (y se cantan) en catedrales y monasterios con mucha solemnidad. Incluyen todas las invocaciones ¡Ven! ¡Maranatha! aplicando al Esperado diversos títulos de gran riqueza bíblica.

Son breves oraciones dirigidas a Cristo Jesús, que **condensan el espíritu del Adviento** y la Navidad, en tres actitudes: **La admiración** de la Iglesia ante el misterio de un Dios hecho hombre: «¡Oh!». La **comprensión** cada vez más profunda del misterio de Cristo. **Y la súplica** urgente: «ven». Estas tres actitudes están presentes en todas las Antífonas y al meditarlas crecerán en nosotros.

“Muestran una progresión en el desarrollo del misterio de Cristo, desde su remota preparación al recordarnos la SABIDURÍA, que ha dispuesto todas las cosas en la creación original, hasta el EMMANUEL, “DIOS CON NOSOTROS” presencia del Dios Amor, revestido de nuestra naturaleza en Belén, y sugiriendo mediante las restantes antífonas un progreso y cercanía de Dios a la criatura humana, a lo largo de la Historia de la Salvación”¹

¹Alegre Vilas, José. *Ven. Cantos de amor para acoger la Navidad*. Ed. PPC, 2019. Este libro y otros materiales de este monje de Poblet ha orientado las reflexiones y comentarios de la Antífonas.

Volviendo la mirada a nuestra sociedad, realmente tenemos necesidad de la SABIDURÍA de la Palabra, de una LUZ que desvanezca nuestras sombras, un fundamento PIEDRA ANGULAR para nuestros hogares y encuentros, necesitamos un Dios que brote como RENEVO en la fe apagada, un Dios que ya vino y ha hecho de nosotros su TEMPLO, su casa y nos ha dejado la LLAVE para entrar: SANTA MARÍA. Con ella, con Santa María del Adviento, Madre de Dios y madre nuestra gritamos con fuerza y confianza: VEN, ven. Y con ella iremos profundizando en el asombro, en el CONOCIMIENTO de Jesús, el esperado de todos los tiempos, afianzaremos la Esperanza, porque María sigue dando a luz hoy a Jesús, el Señor, el Cristo.

Como anécdota cabe decir que las letras iniciales de cada una de estas antífonas en latín, leyendo desde la última a la primera, forman el acróstico **ERO CRAS**, que significa “**Estaré Mañana**”. Esto hace referencia claramente al día siguiente, que es **Navidad**, el día del nacimiento de **Jesús** en Belén.

17 diciembre

Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín, y ordenándolo todo con firmeza y suavidad:
¡ven y muéstranos el camino de la salvación!

El día 17 nos invita a considerar la **Sabiduría de Dios**, una cualidad propia solo de Dios, que se manifiesta en la obra de la creación, como expresión de su Amor y su Benevolencia

¿Quién ha descubierto la raíz de la sabiduría? ¿Quién conoce sus secretos?

Solo hay uno sabio y muy temible: el Señor, que está sentado en su trono.

Él fue quien creó la sabiduría.

La observó, la midió y la derramó sobre todas sus obras.

Él se la dio en alguna medida a todo ser viviente, y en abundancia, a sus amigos. (Eclo 1, 6-10)

La creación, con su esplendor, belleza y perfección despierta en nosotros el **asombro y el deseo ardiente**, la nostalgia de la mano del Creador, de ahí el “¡Oh!”. Pero **también es un grito**, en primer lugar, de la propia creación que gime por el maltrato que sufre, el abandono, la manipulación... como estamos viendo especialmente este año dedicado a la Laudato Si’. Es un grito de la humanidad desorientada, dolorida y perdida en el camino de la historia. Estamos tocando nuestra debilidad más profunda, por eso gritamos ¡Ven, muéstranos el camino! Claramente resuenan en nosotros las palabras de Jesús “**Yo soy el Camino, yo soy la Luz, yo soy la Vida**” de quien el apóstol Pablo dice: “**Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios**” (1Cor. 1,24)

El libro de la Sabiduría también responde a este grito y nos transmite esperanza al afirmar que la Sabiduría de Dios “**renueva el universo**; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas” (Sab 8,27).

Nuestro Dios es un dios que tiene oídos, como lo ha demostrado en la historia, escucha el clamor de sus hijos, escucha el gemido de la tierra que grita como en dolores de parto y no abandona a sus criaturas. La Sabiduría entró una vez más en el alma buena de una mujer, Santa María para entablar una relación de amor, de amistad, de vida, de esperanza con ella, y a través de ella con toda la humanidad. El Dios creador de toda Belleza depositó la recreación en manos de una

criatura humana. Vuelve a llamar a las puertas de un corazón pobre para pedir colaboración. Y la invita a engendrar Vida en el mundo, en el tiempo, para dar a luz y desvanecer el “gemido” de parto de la nueva y definitiva Creación. No le impone su proyecto, se lo expone y espera la respuesta libre de María. “Todo estaba pendiente de tus labios” como dice el poeta Casaldáliga... y María dice Sí, y el Amor engendra de nuevo amor en la criatura humana, el Amor definitivo para hacer nuevas todas las cosas. Cristo engendrado en las entrañas y en la fe de María, es quien hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5)

El camino de la salvación emprendido por la Sabiduría divina sigue esperando respuestas, colaboradores, renovadores. **En este camino María nos invita a permanecer en la misma relación de Amistad y disponibilidad que ella vivió con su Creador y Señor**

18 diciembre

Oh, Adonai, Pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley:
¡ven a librnos con el poder de tu brazo!

Este día nos invita a contemplar a **Dios como el Pastor de su pueblo**, que cuida de él, y llama a Moisés a ser su instrumento de salvación. Nos muestra la pasión de la llamada y del encuentro con el Señor. Acogemos la fuerza de su Palabra:

"Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios. El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía. Dijo, pues, Moisés: «Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.» Cuando vio Yahveh que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!» El respondió: «Heme aquí.» Le dijo: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.» Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios. Dijo Yahveh: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel... Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.» Dijo Moisés a Dios: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?» Respondió: «Yo estaré contigo y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.» Contestó Moisés a Dios: «Si voy a los israelitas y les digo: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros"; cuando me pregunten: "¿Cuál es su nombre?", ¿qué les responderé?» Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "**Yo soy**" me ha enviado a vosotros.» Siguió Dios diciendo a Moisés: «Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación.»" (cf. Ex 3, 1-15)

Es un texto riquísimo en contenido, sobre la esencia de Dios y del ser humano. El Dios que nos busca con pasión y se goza en la relación con los hombres, el Dios que escucha y ve, el Dios provocador que busca colaboradores en su misión liberadora... y Moisés desbordando un temor

que le hace tapar la cara, que se cuestiona por la identidad del Dios que la habla y envía, que duda de su capacidad, que dialoga con Yahvé.

Moisés obedece y efectivamente libera a Israel del dominio egipcio. Adonai, el Pastor de Israel, además de liberar busca una relación de comunión y le dará al Pueblo una Ley en el Sinaí para que esté al servicio de la Vida y de la justicia. No logró su objetivo, y bajará de la Montaña para hablar al pueblo al corazón, revestido de su misma naturaleza, para enseñarle el Camino a la Tierra prometida, el camino del amor:

Alégrate, María, el Señor está contigo...

El Espíritu santo descenderá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra, y el que nacerá será Hijo de Dios... (Lc 1, 26ss)

María se deja abrazar por el Espíritu de Dios y de ese abrazo nacerá la Palabra revestida de nuestra naturaleza, para abrazarnos y mostrarnos su amor con una Palabra y obra humanas. María canta de alegría al sentirse abrazada por el amor divino y hace su Magníficat, su propia vida, que lleva esperanza al corazón de la criatura humana.

Ojalá nos envíe también ahora su Palabra y ablande con ella nuestro corazón. Y que halle en nosotros el eco necesario: **¡HÁGASE!** Así nos lo enseña Santa María: *“Hágase en mí, no la palabra escrita y muda, sino encarnada y viva...impresa vitalmente en forma humana sobre mis entrañas... en definitiva, hágase en mí, como nunca se hizo en nadie antes de mí y como en nadie se volverá a realizar... Hágase en mí, **aspirándola en silencio**, como una encarnación personal poseída corporalmente en mis entrañas.”* (S. Bernardo, En alabanza de la Virgen Madre)

Ven Pastor de la casa de Israel, con el poder de tus brazos, el Verbo, tu Palabra y el Espíritu de Amor.

19 diciembre

Oh Renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos;
ante quien los reyes enmudecen,
y cuyo auxilio imploran las naciones:
ven a librarnos, no tardes más.

La invocación de hoy es un grito urgente: Ven, no tardes más. Es un deseo ardiente con cierto aire de angustia. Pero que apunta en un corazón que todavía no ha perdido la esperanza y es capaz de ver el RENEVO en el tronco de Jesé:

“Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh.” (Is 11, 1-2)

Este Espíritu está vivo en el corazón de la humanidad, pero como dormido. Silenciado. En cada uno de nosotros. Como dice el poeta Maragall: **“cuando una rama ya no puede más de la primavera que tiene dentro, por entre las hojas abundantes brota una flor** como expresión maravillosa” Dios sabe de la necesidad que tenemos de su auxilio, sus hijos, y tiene siempre a punto el despertar de su primavera en el corazón humano.

El tejido primaveral de la historia de la humanidad se empieza a perfilar con el Sí de María. Ella proclama el poder salvador que entra en la Historia para cambiar el orden presente como nos canta en su Magnificat. Vive una vida que parte de su propio centro, con un vigor que crece con la edad y estalla a lo largo de la historia, de la profunda primavera que lleva dentro. La flor que brota de su vientre es Jesús, el verdadero renuevo del tronco de David, el esperado de las naciones.

Nosotros estamos llamados a continuar la elaboración de este tejido vital que proporciona el “calor” que necesita nuestra humanidad. Es la primavera interior de cada uno, el Espíritu que nos habita, el que podrá renovar la vida porque apunta a una esperanza totalmente nueva.

No dejes de avivar el asombro, el conocimiento de Jesús que todo lo hace nuevo y la esperanza en Él.

20 diciembre

Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir:
ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

Es en la casa donde encontramos el sentido de la vida, en el hogar. Que se lo pregunten a los sintecho. El mundo es nuestra casa, hecho bella y cuidadosamente dispuesto para la Vida de la familia de los hijos de Dios. Pero no llegamos a disfrutar de esta casa, más bien la estamos deteriorando.

Dios viene en Jesús a rehacer la casa. Es la llave. Qué difícil es abrir una puerta de la que no tienes llave... ¡Hay tutoriales de YouTube con trucos para poder hacerlo! Jesús es la llave, como también dijo que era la Puerta por donde entran las ovejas. Nos da acceso a un verdadero hogar, el de los hijos de Dios, la comunidad eclesial. Otra antifona nos ha presentado a Jesús como el Pastor, el Buen Pastor dice S. Juan. Recobramos en estas antifonas de la Oh **el asombro, la esperanza**, porque con Él recobramos la seguridad de un techo, de una familia, el descanso y el cuidado.

En esta tarea de rehacer la Casa, Dios encontró una colaboradora maravillosa, única, una mujer de nuestra humanidad, que le acogió en su corazón y en su vientre. También ella tuvo la llave para decidir la entrada de Jesús en el mundo, y desde su Libertad abrió de par en par su ser entero para ser habitada por el Altísimo que en ella se hizo cercanía absoluta. Ella nos lo sigue entregando también hoy, y nos advierte que podemos ser de esos que cuando la Palabra viene a acampar en la tierra, no lo reciben. Porque la puerta del propio corazón solo puede ser abierta desde dentro, nadie, ni siquiera Dios puede forzarla.

El pueblo de donde ha salido esta mujer ha reconocido la respuesta de María a su Creador y le canta en el mundo entero: Salve puerta que dio paso a nuestra luz... Puerta del cielo... Madre de la vida, que engendraste al Creador. Madre del Cenáculo, la casa del Amor, donde reuniste a los discípulos dispersos a la espera del Espíritu, sigue convocándonos hoy a ser familiares de Dios, acogiendo al Liberador de todo egoísmo y esclavitud en nuestra propia casa.

Cantemos el Magnificat, con el alma de María y permitamos a Dios entrar también en nuestra historia.

21 diciembre

Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia:
ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

La antífona de hoy nos recuerda el Benedictus: nos visitará el Sol que viene de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte. Un día para contemplar al Señor como **el Sol, la Luz**, desde nuestra situación de oscuridad y angustia. Como una llamada de nuestro interior, que siempre está con la nostalgia de la luz y de la justicia, a contemplar la luz divina siempre dispuesta en la fuerza de su Palabra y en el ejemplo vivo y cercano de santa María.

Recordamos la sensación de alegría y serenidad que nos da el amanecer, después de una larga noche, quizá en vela, cuidando un enfermo... cada amanecer nos lleva a la alabanza y el agradecimiento por la vida que despunta. Nos viene a la memoria el texto tan propio del Adviento-Navidad:

"El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande. Los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría... Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre «Maravilla de Consejero», «Dios Fuerte», «Siempre Padre», «Príncipe de Paz»." (Is 9, 1-5)

Una Luz grande, sobre el candelero para iluminar a todos los de la casa. Una Luz, un Niño que reinará para llevar la paz al mundo, sabio y fuerte, pero también manso y humilde. Y para brillar en la casa, Dios ha elegido un candelabro precioso: Santa María. Será esta amiga de Dios, la bendita entre todas las mujeres, quien levantará bien alto el candelabro para que la Luz llegue a todos los espacios y rincones de la Casa. María recibe esta Luz en nuestra tierra. Y así, la saludamos con palabras de los Padres de la Iglesia:

*"Salve llena de gracia, oh toda reluciente
por quien ha desaparecido la oscuridad y ha brillado la luz.
Salve, oh Candelabro de las siete lámparas,
adornado con las siete luces de los dones derramados del Espíritu.
Salve, oh Dioptra de felices augurios, mediante la cual los que estaban sumidos en la oscuridad
y sombras de pecado, viendo el Sol de justicia que gloriosamente venía de lo alto, han sido
plenamente iluminados."* (S. Andrés de Creta. Hom. 5 sobre la Anunciación)

Nos ponemos junto a María para dejar que la Luz amanezca sobre nuestras oscuridades y despierte en nosotros el deseo de Dios, de crecer en la Luz.



22 diciembre

Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos,
Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo:
¡ven y salva al hombre, que formaste del barro de la tierra!

Somos seres de barro. Vasijas bellamente formadas, aun con nuestras grietas que pueden ser fuente de vida. Como aquella vasija del cuento que se quejaba al aguador por no ser tan perfecta como otras, y que vio como a su paso crecían las flores y las plantas por el agua que sus grietas dejaban escapar... parece que somos siempre más conscientes de nuestra fragilidad que del “peso del amor” que Dios depositó al modelar nuestro barro. Los golpes de la vida van agrietando la vasija que somos, dejando escapar el precioso contenido de su interior. Invocamos al Dios alfarero que nos modeló e insufló en nuestra “nariz” su aliento de vida (cf. Gn 2,7). A veces nos quejamos y nos rebelamos contra nuestro Hacedor, y escuchamos la invitación del Profeta Jeremías a bajar al taller del Alfarero para ser remodelados por el poder de su Palabra, nueva cada día...

En la generosidad infinita de Dios y del amor por sus criaturas, decide venir a vivir la experiencia de nuestra fragilidad y enseñarnos cómo combinar la arcilla que somos con el agua de su aliento de vida, su Espíritu, fuente de agua que salta hasta la vida eterna. En esta nueva creación el punto de partida no será la nada. Se había reservado el Creador una vasija especial, única: Santa María. Ella recibirá a manos llenas la Palabra: ¡Hágase en mí según tu Palabra! Así vendrá a ser el “vaso espiritual, venerable, digno de devoción” con que la aclamamos en el Rosario.

Con María aprendemos a poner nuestro humilde barro cada día en sus Manos para que nos restaure, nos infunda su espíritu de vida. Con María aprendemos a reeditar la unidad original del ser humano con Dios, a colaborar con el Alfarero para dar lugar a nuevas vasijas según su Sabiduría, como nos enseña a cantar en el Magníficat: Él hace obras grandes en mí. Cantamos con ella para que **despierte más y más en nosotros el deseo del Amor**, verdadero aliento de vida en nuestra frágil humanidad, y que hará posible la unidad, la reconciliación, recostados en **la piedra de Cristo**, en la fuerza de su Palabra.

23 diciembre

Oh, Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos:
¡ven a salvarnos, Señor Dios nuestro!

«**Dios-con-nosotros**». No Dios conmigo, sino con-nosotros. El Esperado de las naciones y salvador de los pueblos ya está cerca. Quizá tenemos montado ya nuestro belén, nuestro pesebre, donde confluyen muchos y variados personajes, gente diversa de toda condición: Reyes Magos, pastores, campesinos, niños... belenes variados que actualizan los personajes que rodearon a la Sagrada Familia: los parados, sintecho, mujeres maltratadas, inmigrantes... Toda la tierra está dispuesta para ser Belén, para acoger al Salvador de los pueblos, al Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que lo es gracias a la disponibilidad de Santa María. Belén está donde nace el Dios Amor que desea rehacer ese “nosotros”. Y por eso Belén es también el corazón de cada persona. Dios sigue viniendo y nos llama a vivir una relación de amistad con él, que al revestirse

de nuestra humanidad quiere ser “amigo de los hombres”. Es grande este misterio. Acoger el Emmanuel es abrirnos a la fraternidad y a la amistad.

Hemos recorrido con María estos últimos días del Adviento de la mano del Palabra, dando paso a la Navidad. Y nos invade el asombro de la peregrinación de su fe, un camino interior que guardaba todo en el corazón: los imprevistos, lo que no entendía, las pequeñas alegrías vividas junto a José, o los compañeros de peregrinación a Belén.

Las Antifonas mayores, como decíamos al principio, suponen una progresión en el misterio de Cristo. Hasta llegar a lo impensable: un Dios que amanece entre nosotros como hombre, en la fragilidad de un NIÑO, en el lugar más recóndito y perdido, en el silencio de la noche; un Dios que se hace presente y va a pasar por la tierra en el silencio del amor, haciendo el bien y curando a los oprimidos. **¡Oh maravilloso intercambio!** Dios se hace hombre para que los humanos podamos llegar a Dios.

Por eso, es éste un día para **ejercitarnos en el asombro y en la contemplación**, junto a María y como María. Preparemos la Navidad en silencio interior, no tanto con agobios de preparativos externos y felicitaciones prefabricadas. El Emmanuel, el sacramento del Amor que llega sin hacer ruido, nos muestra un camino abierto a la fraternidad universal. Dios-con-nosotros, no solo conmigo.

Todo un Dios: un NIÑO.

Mi Señor: un niño.

Danos luz: un niño.

Danos fe: un niño.

Sálvanos: un niño.

Mi Señor: un niño.

<https://youtu.be/nSA3pHOtRHg>

Canto Nana a Jesús

